

arruinada cuyo tejado, en forma de azotea, estaba cubierto de mugeres tapadas con largos velos blancos, semejantes á las sacerdotisas de los antiguos sacrificios, ó á las plañideras de los monumentos de Memfis.

“Cuando el gefe llegó á la sepultura, se apeó de su caballo y se echó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le eeshortó á someterse á la voluntad de Dios, y á mostrarse digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Llegó entre tanto la comitiva, formóse al rededor del templete; y resonaron los cantos de muerte mas penetrantes que hasta entonces;—aquellas lúgubres pantomimas, aquella pompa fúnebre aquellos himnos de desesperacion expresados en otra lengua, con otros ritos, nos parecen un vivo recuerdo de aquellas lamentaciones de que llenó Jeremías este mismo valle, y cuyo eco es todavía el mundo bíblico.”

SALIDA DE JAJA.

La misma fecha.

Nos embarcamos con muy mal tiempo; las oleadas se estrellan en los peñascos levantando colinas de espuma; esperamos un momento detras de las peñas á que pase la marejada, y nos lanzamos á alta mar á fuerza de remos; las olas vuelven y nos levantan como un corcho; bajamos al abismo y perdemos de vista el bergantin y la playa.

Volvemos á subir y á bajar, y la espuma nos cubre con un velo de lluvia.

Al fin llegamos á los costados; del buque pero sus movimientos son tan recios que no nos atrevemos á acercarnos;—esperamos un momento favorable; nos tiran una cuerda, ponen la escalera y subimos al puente. El viento se vuelve contrario; permanecemos sobre dos anclas, espuestos á cada instante á naufragar si llega á romperlas el movimiento enorme de las olas.

Horas de angustias físicas y morales en aquel horrible vaiven; por la tarde y por la noche el viento silba, como en un órgano, entre los palos y las jarcias; el buque bate como un carnero que hiriese la

tierra con los cuernos, la popa se hunde en el mar y parece prócsima á sumergirse siempre que llega la marejada y levanta la popa.

Oimos los gritos de los marineros árabes de algunos otros barcos, que han llevado á Jerusalem á los pobres peregrinos griegos. Aquellos pequeños barcos, cargados algunos de dos ó trescientas mugeres y niños, intentan dar la vela para huir de la costa; algunos pasan junto á nosotros; las mugeres lanzan gritos tendiéndonos las manos; las oleadas los sacuden como una pelota.

Algunos de aquellos barcos consiguen alejarse de la costa;—dos son arrojados á los bajos de la rada por la parte de Gaza; nuestras anclas ceden, y somos arrastrados hácia las peñas del puerto interior: el capitan hace echar otra. El viento calma, se vuelve un poco á nuestro rumbo, y huimos, con un cielo gris y brumoso, hácia el golfo de Damietta; perdemos de vista toda tierra, navegamos con mucha pestreza; pero el capitan y el teniente descubren con angustia signos precursores de una tempestad, que estalla en fin al anochecer; el viento refresca por horas, las olas parecen montañas; el buque resuena como si se rajara, todas las jarcias silban y vibran á impulso de los vendabales como fibras de metal;—aquellos agudos y lastimeros sonos se parecen á los lamentos de las mugeres griegas en las ecsequias de sus muertos; recogemos to-

das las velas, el buque rueda de uno á otro abismo, y cada vez que cae sobre el costado, parece que sus palos se derrumban en el mar como árboles tronchados; y las aguas salen al embate y cubren el puente; todos, escepto la tripulacion y yo, han bajado á los entrepuentes; se oyen los gemidos de los enfermos y el bamboleo de las cajas y de los muebles, que se golpean en el interior del bergantin; el mismo bergantin, á pesar de su rara solidez, parece que va á rajarse. El batir de las olas en la popa retumba como una salva de cañonazos; á las dos de la mañana la tempestad arrecia todavía; me ato con cuerdas al palo mayor, para que no me arrastren las oleadas, cuando el puente se ve casi perpendicular. Embozado en mi capa, contemplo aquel sublime espectáculo, y bajo de cuando en cuando al entrepuente para tranquilizar á mi muger que está tendida en su hamaca. El teniente, en medio de aquella horrible tormenta, no deja la faena mas que para pasar de un camarote á otro y llevar á cada cual los auxilios que ecsige su situacion;—hombre de hierro para el peligro y corazon de muger para la compasion;—así se pasa toda la noche. La salida del sol, de que no nos apercibimos sino en vista de la mustia claridad que se estiende sobre las olas y en las nubes confundidas, lejos de confundir la fuerza del viento, parece que la arrecia; vemos venir, desde tan lejos como al-

canza la vista, colinas de agua espumante detras de otras colinas.

Miéntas pasan, el bergantin voltea en todos sentidos, agobiado por una, levantado por otra, impelido á cada instante en una direccion nueva; hunde la proa como si fuera á sumergirse, y las olas le embisten por la popa y le cruzan en toda su longitud; de cuando en cuando se levanta: la mar, aplanada por el viento, parece á veces que no tiene olas y que no es mas que un campo de espumantes remolinos; luego empiezan las oleadas, y el buque va dando tumbos de precipicio en precipicio. En estas horribles alternativas se pasa el dia; el capitán me consulta: las costas de Egipto son muy bajas y el viento puede echarnos á ellas sin haberlas visto; las costas de Siria no tienen rada ni puerto; es preciso resolverse á ponerse al paio en medio de este mar, ó seguir el viento que nos impele hácia Chipre. Allí tendríamos una rada y un asilo, pero estamos á mas de ochenta leguas de este punto; mando enderezar la barra del timon hácia la isla de Chipre, el viento nos hace navegar tres leguas por hora; pero la mar no se sosiega. Algunas gotas de caldo frio sostienen las fuerzas de mi muger y de mis compañeros, que siguen tendidos en sus hamacas; yo tambien como algunos pedazos de bizcocho y fumo con el capitán y el teniente, siempre en la misma actitud sobre cubierta, junto

á la vitácora, asido á las jarcias, que me sostienen contra los embates del viento. La noche se echa encima, mas horrible todavía; los nubarrones pesan sobre el mar, todo el horizonte arde en relámpagos, todo es fuego en derredor nuestro; las crestas de las olas confundidas con las nubés parece que fulminan rayos; tres caen junto á nosotros, y uno en el momento en que una ola colossal tumba el bergantin de costado; las vergas se hunden en el agua, los palos golpean las olas, y la espuma que hacen botar se lanzan como una capa de fuego rasgada, cuyos girones dispersa el viento, semejantes á serpientes de llama: toda la tripulacion lanza un grito: parece que nos precipitamos en el crater de un volcan;—aquel fué el efecto de tempestad mas tremendo y admirable que ví en aquella larga noche; nueve horas pasamos así; á cada minuto creemos ver nuestros mástiles inflamados caer sobre nosotros y abrasar la nave.

Por la mañana, el cielo aparece menos cargado; pero el mar semeja una hirviente lava; el viento que se aplanan un poco y que ya no sostiene el buque, hace mas pesado el balance:—debemos hallarnos á treinta leguas de la isla de Chipre. A las once empezamos á ver tierra, y de hora en hora va blanqueando mas, estamos en frente de Limasol, uno de los puertos de aquella isla; navegamos á todo trapo: la mar va sosegándose mas y mas, y

seguimos la direccion de las costas á dos leguas de la playa buscando la rada de Larnaca, donde ya vemos los mástiles de muchos buques que han buscado en ella un refugio, como nosotros; el viento recobra su furia y en pocos instantes nos impele á aquel asilo; el impulso del buque es tan recio que tememos que se nos rompan los cables al echar el ancla; pero al cabo la echamos, garra algunas brazas y muerde el fondo. Nos hallamos en una mar todavía picada, pero cuyas olas no hacen mas que mecernos sin peligro; veo los mástiles del pabellon de los cónsules europeos de Chipre que nos saludan, y la azotea del consulado de Francia, donde nuestro amigo, M. Bottu, nos hace seña de reconocimiento: todos se quedan á bordo:—mi muger no podria volver á ver, sin desgrrarsele el corazon, á aquella escelente y feliz familia de M. Bottu que, hace quince meses, la agasajó tanto cuando ella tambien era feliz.

Salto en tierra con el capitan; recibo de M. y Madama Bottu, de los señores Perthier y Guillois, jóvenes franceses agregados al consulado, las muestras de bondad y afecto que aguardaba de ellas; visito al señor Mathei, banquero griego á quien voy recomendado; enviamos provisiones de todo género á bordo, y á ellas añade el señor Mathei regalos de vinos de Chipre y carneros de Siria. Miétras recorro las cercanías del pueblo con M. Bottu, vuelve á empezar la tempestad; ya no se

puede comunicar con los buques fondeados en la rada: las olas cubren los muelles y lanzan su espuma hasta las ventanas de las casas;—paso una noche horrible asomado á la ventana de mi cuarto, en el consulado de Francia, mirando el bergantin donde está mi muger, bamboleada en la rada por inmensas oleadas, temblando á cada instante de que garren las anclas y arrojen el buque en los arrecifes con todo lo que me resta de mi felicidad en este mundo.

A la tarde siguiente, el mar se calma en fin; volvemos á bordo y pasamos tres horas en la rada aguardando mejores vientos, y visitados sin cesar por el señor Mathei y M. Bottu. Este jóven y amable cónsul era de todos los agentes franceses en Oriente el que mas cordialmente recibia á sus compatriotas, y mas honraba el nombre de su nacion; yo le estaba agradecidísimo por lo mucho que me habia agasajado las dos veces que estuve en Chipre; era feliz, rodeado de una esposa cara á su corazon, y de hijos que formaban toda su delicia:—ahora me dicen que la muerte le hirió pocos dias despues de nuestra partida; su empleo era el único caudal de su familia, y él consagraba ese caudal todo entero á llenar sus deberes de cónsul: su pobre viuda y sus interesantes hijos se hallan ahora á merced de la Francia, á la que supo servir y honrar.—¡Ojalá piense en ellos la Francia acordándose de él!